





EN BUSCA DE LOS PUERTOS MÍTICOS

© Del prólogo, José Antonio de Pablo «Depa»  
© De texto, Jorge González de Matauco  
© De las fotografías y mapas, Jorge González de Matauco

© Confluencias, 2022

[www.editorialconfluencias.com](http://www.editorialconfluencias.com)

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Revisión editorial: María del Mar Domínguez Álvarez

Impreso en España

ISBN: 978-84-124200-7-4

Depósito legal: AL 3077-2021

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

JORGE GONZÁLEZ  
DE MATAUCO

---

EN BUSCA DE LOS  
PUERTOS  
M Í T I C O S

---

*El viaje de un atleta por las carreteras más  
fascinantes de Europa, África y América*

Prólogo de  
José Antonio de Pablo «Depa»

  
CONFLUENCIAS  
EDITORIAL



*A Antonio Garau Valens, in memoriam.*





## ÍNDICE

Introducción	21
1. Mont Ventoux, Francia	31
2. Kitzbüheler Horn, Austria	45
3. Stelvio, Italia	53
4. Veleta, Andalucía	69
5. Transfagarasan, Rumanía	81
6. Sa Calobra, Mallorca	99
7. Sani Pass, Sudáfrica-Lesoto	109
8. Etna, Italia	131
9. La Bonette, Francia	141
10. Alpe d'Huez, Francia	155
11. Aubisque, Francia	169
12. Muro de Grammont/Geraardsbergen, Bélgica	179
13. Arrate, País Vasco	189
14. Desfiladero de la Hermida, Cantabria	201

15. Angliru, Asturias	207
16. Lagos de Covadonga, Asturias	217
17. Geiranger-Dalsnibba, Noruega	225
18. Vrsic, Eslovenia	235
19. Nebelhorn, Alemania	245
20. Hatcher Pass, Alaska	253
21. Serra do Rio do Rastro, Brasil	265
22. Peña Cabarga, Cantabria	277
23. Koppenberg, Bélgica	287
24. Puy de Dôme, Francia	297
25. Abetone, Italia	309
26. Carpegna, Italia	337
27. Galibier, Francia	349
28. San Gotardo, Suiza	361
29. Kehlsteinstrasse, Alemania	369
30. Grosse Scheidegg, Suiza	379
31. Monte Farinha, Portugal	387
32. Ghisallo, Italia	395
33. Muro de Sormano, Italia	403
34. Arcalís, Andorra	409
35. Anópolis+Livianiana+Kallikratis, Creta, Grecia	419
36. Antigua Thera, Santorini, Grecia	439
37. Montserrat+Montseny, Cataluña	449
38. Balón de Alsacia, Francia	459

39. Peñón de Gibraltar, Reino Unido	467
40. Las Palomas, Andalucía	475
41. Desierto de las Palmas, Comunidad Valenciana	483
42. Mount Evans, Colorado. Estados Unidos	489
43. Carretera de la Muerte, Los Yungas, Bolivia	497
44. Chacaltaya, Bolivia	507
45. Tourmalet+Bujaruelo, Francia	523
46. Braus, Francia	535
47. Furka+Grimsel+Nufenen, Suiza	543
48. Entoto, Etiopía	551
49. Orduña+Urkiola+Herrera+Jaizkibel, País Vasco	563
50. Bealach na Ba, Escocia	577
51. Snowdon+Stwlan Dam, Gales	585
52. Stalheimskleiva, Noruega	595
53. Mausoleo Petrovic-Njegosh, Montenegro	605
54. Las Yeguas, Extremadura	613
55. Teide, Tenerife	621
Epílogo	631
Bibliografía	637
Otras obras del autor	643
Mapas	645



*La locura más grande es no tener ninguna locura.*

Nikos Kazantzakis,  
*Zorba el griego*



EN BUSCA DE LOS  
PUERTOS  
M Í T I C O S





## PRÓLOGO

**N**o sé cómo habrá llegado a ti, animado y fiel lector, este libro que estás a punto de recorrer. Quizá te hayas dejado llevar, fruto de un amor a primera vista, por la portada y por el título, desde ese rincón de tu librería de confianza (viajes, aventuras, deportes), miscelánea adictiva que recorres con avidez cada vez que te surge la oportunidad de vagar entre los estantes de la misma para seguir alimentando la faceta teórica de tu gran afán por descubrir, por conocer, por sentir a través de periplos en los que el deporte y la aventura son tu principal leitmotiv vital. O quizá conozcas al autor y te hayan enganchado sus anteriores libros y te apetezca volver a hacer la maleta para acompañarle en sus últimos viajes. Tal vez te lo haya recomendado ese amigo o esa amiga que, sabedores de tus aficiones, hayan pensado en ti y en cuánto te gustaría vivir una experiencia como la que se narra en el libro. Tan insondables son los caminos por los que puedes haber recalado hasta este lugar en el que te encuentras como incontables son los kilómetros que Jorge González de Matauco ha tenido que recorrer para completar esta particular locura, ni la primera ni la última en su haber (y si no, ya lo verás, algo anuncia en el epílogo).

En mi caso particular, el proyecto de libro, tan sólo un embrión, se coló a través de un correo electrónico, de un reencuentro con su

autor tras unos años, no demasiados, pero en los que en nuestras vidas particulares y también en la colectiva de la sociedad, tantas vicisitudes hemos tenido que vivir, pandemia incluida. No recuerdo cuándo lo empecé a leer, pero sí que recuerdo perfectamente el momento en el que lo he terminado, y aquí conjugo el verbo en un pasado muy reciente, ya que la inspiración de la lectura me ha traído a estar escribiendo estas líneas que aspiran a prologar las 700 páginas de *En busca de los puertos míticos*. El mismo día en el que cumpla 50 otoños y, además, no creo en las casualidades, lo estoy haciendo con el mismo paisaje por testigo que también vio a Jorge completar una de esas ascensiones que se narran en su historia. Quizá todo esto sea una llamada a la acción...

Dicen de la envidia, uno de esos siete pecados capitales, que puede llegar a ser buena, así lo creo yo también, ya que, de lo contrario, me metería en un buen jardín prologando una obra literaria y diciendo que lo primero que me ha transmitido la lectura de este libro que tú estás a punto de comenzar es envidia, eso sí, de la buena. Envidia, primero porque Jorge ha unido en un solo libro varias de mis pasiones. El ciclismo, el atletismo, los viajes, la historia, la naturaleza se amalgaman con orden y concierto en un proyecto que ya se me podría haber ocurrido a mí, pero no fue así. También por lo bien escrito, narrado, ambientado, documentado, conducido, dirigido... Que ya me gustaría a mí escribir y tener la capacidad que demuestra Jorge para guiarnos y hacernos partícipes de sus aventuras, pero va a ser que no.

Algunos de esos puertos descubiertos en este libro tienen ya un hueco ganado en el Olimpo del deporte, no sé si decir que por méritos propios, por sus rampas, por su altitud, por lo descarnado del asfalto por el que transcurre, por lo desolado del paisaje que les rodea; o por los méritos ajenos de aquellas personas de perfil heroico que, a lo largo de la historia, fundamentalmente del deporte de las dos ruedas, han hecho que esos nombres se hayan instalado en la

memoria colectiva de cualquier apasionado del ciclismo. Nombres como el Mont Ventoux, los Lagos, Stelvio, Alpe d'Huez, Galibier, Tourmalet, Angliru... pero también otros como el de José María Jiménez «Chava», el ciclista abulense de El Barraco que fue el primero en escribir su nombre en lo alto del coloso asturiano tras una de esas etapas inolvidables en las que todo se alió en favor de la épica, incluso la niebla que envolvió los últimos kilómetros de la subida. Perico Delgado, Bernard Hinault, Eddy Merckx, Miguel Induráin, Luis Ocaña, Chris Froome, Marco Pantani... También desfilan por estas páginas para en algunos casos hacernos recordar momentos mágicos del sufrido deporte ciclista y, por tener la suerte de vivir en la época en la que vivimos, para acudir a YouTube para volver a vibrar con algunos de esos momentos.

*En busca de los puertos míticos* no solo ha supuesto a través de su lectura un ejercicio de nostalgia deportiva de infancia y adolescencia, sino que ha sido también todo un descubrimiento, a través de la narración de Jorge y de las fotografías que ilustran la obra, de otras cimas, de otras ascensiones, de lugares recónditos algunos, otros mucho más próximos. La lectura me ha dado a conocer carreras a pie que transcurren por algunos de estos puertos, carreras normalmente huérfanas del eco mediático que arroja a otras de las que ya todos hemos oído hablar e incluso hemos corrido en las mismas, todas esas pruebas deportivas que aspiramos a «conquistar» en algún momento de nuestro periplo atlético. Estas páginas han colaborado en alimentar esas ansias exploradoras para viajar, para conocer, para disfrutar fundamentalmente con la experiencia, por ejemplo, de ascender los casi 3.000 metros del Sani Pass, en los límites entre Lesoto y Sudáfrica; o conocer Alaska, le tengo muchas ganas después de haber crecido a los pechos del Dr. Fleischman y sus aventuras en Cicely, para participar en la Hatcher Pass Marathon.

Como no todo está escrito, no todo está hecho, algo quedó y algo queda pendiente, quizá, ¿por qué no?, pueda apuntarme a algún

José Antonio de Pablo «Depa»

próximo periplo de mi amigo Jorge y llevarle la mochila por las laderas empinadas del monte Wellington, en Tasmania; o compartir dorsal en la media maratón de Norikura, en el mágico país del sol naciente; y recorrer las Barrancas del Cobre en México, un templo de peregrinación para cualquier amante del trail running, que buscará, siguiendo los pasos de algún guía raramuri, la inspiración de Caballo Blanco en aquel lugar que fue «su lugar».

Creedme si os digo que estáis a punto de empezar a leer un libro que en muchos momentos os va a pedir que cerréis los ojos y que sigáis leyéndolo de memoria, de recuerdos, de imaginación, con la mente y con el corazón.

José Antonio de Pablo «Depa»

Director de la revista Trail Run y colaborador en otros medios  
Speaker en carreras de trail nacionales e internacionales

## INTRODUCCIÓN

Este libro es el resultado de una fascinación. El escritor Robert D. Kaplan se pregunta en su obra *A la sombra de Europa* «¿qué libros –una docena a lo sumo, suficientes para llenar un estante– me llevaría yo para pasar el resto de mi vida en una habitación?». Y se responde a sí mismo que serían libros «cargados de significado para mí; todos deberían haberme cambiado; todos deberían haber ejercido una influencia crucial en mi vida, y no siempre para bien, porque para que la vida sea tal debe incluir también sinsabores e incluso contrariedades».

Si realizo el ejercicio que propone Kaplan y selecciono qué libros han sido realmente decisivos en mi vida, quizá debería comenzar por *La isla del tesoro*, de Robert Louis Stevenson, que despertó en mi infancia la afición por los viajes y las aventuras. Mucho después, varios libros relacionados con los conflictos balcánicos (*Holocausto en los Balcanes*, *La venganza de la historia* y *Fantasma balcánicos*) me hicieron apasionarme por los viajes a lugares poco recomendables y políticamente candentes, a los que dediqué no menos de diez años de mi vida. Otro libro, *Ultramaratón*, orientó mi actividad deportiva hacia los ultramaratones y el mundo de la resistencia. Visto lo visto, alguien que continúe leyendo tal vez pensará que quizá habría sido mejor no encontrarlo en el camino, pero como afirma Kaplan, para

que la vida sea tal debe incluir contratiempos. Y en ese conjunto de libros también tendría cabida una enciclopedia.

Hay detalles de nuestra vida que pasan inadvertidos y que solo mucho tiempo después nos damos cuenta de la importancia que tuvieron. En el salón de la casa familiar todavía hoy ocupa un lugar preferente una enciclopedia publicada por la editorial Argos Vergara en 1965 (actualizada en 1972) y que lleva el nombre de *Focus*. Son seis gruesos tomos que recogen todo el saber de la época y que sirvieron de material de consulta durante mis años mozos. Pero mucho más importante que eso, para mí representaban una ventana abierta al mundo y, muchos años después, un material de recreo durante largas noches de estudio. Cuando me apetecía descansar, sacaba al azar un tomo y me dedicaba a leer las entradas y contemplar las imágenes que las acompañaban.

Una de aquellas fotografías en particular me fascinó desde la primera vez que la vi, y todavía no he conseguido librarme de su hechizo. En la página 4091, en el tomo tercero y dentro de las imágenes que ilustraban la entrada sobre Italia, se puede leer: «La gran cordillera de los Alpes detiene los vientos del norte. Antaño sirvió para proteger a Italia de las invasiones bárbaras. Hoy, unas carreteras de audaz trazado franquean los altos puertos. Arriba a la derecha, la carretera del Stelvio, una de las más altas de Europa, que comunica los valles superiores del Adda y del Adigio». En la fotografía se ve cómo una línea perfora unas montañas aparentemente inaccesibles hasta perderse en la profundidad de sus laderas. Más que lo que se ve, que es mucho, lo que siempre me obsesionó fue lo que sugería. Una carretera espectacular abierta a abismos insondables, a cumbres imponentes, a paisajes indescriptibles, a aventuras emocionantes. Ese fue, posiblemente, mi primer contacto con los puertos míticos.

Porque, por aquel entonces, mi conocimiento directo de los puertos de montaña no iba mucho más allá de algunos nombres que obedecen al nombre de Zaldiaran, Azáceta u Okina (entonces se escribía Oquina) y que solo reconocerán los familiarizados con las

carreteras alavesas. En aquel entorno, pertrechado con una bicicleta de paseo a la que no se resistía ningún terreno, sostenía con un par de amigos unas luchas feroces, dando chepazos de lado a lado de la carretera, por ver quién coronaba la cima en primer lugar, y luego nos lanzábamos a unos alocados descensos a tumba abierta inclinados sobre el manillar, como habíamos visto hacer a nuestros héroes ciclistas de la época. No muy distantes en el tiempo, las escapadas familiares a la playa de Zarauz atravesaban el alto de Urkiola, y allí estaba yo pegado a la ventanilla del coche para contemplar con embeleso aquellas curvas tan cerradas de pronunciadas pendientes.

Pronto otros nombres se iban a unir a aquella lista, todavía corta, de puertos míticos. El que mejor recuerdo cómo llegó a mi vida fue el Alpe d'Huez. Corría el año 1975 y Televisión Española retransmitía algunas etapas del Tour en directo. Recuerdo muy bien haber contemplado las etapas en que Bernard Thevenet arrebató el maillot amarillo al que parecía invencible Eddy Merckx. Pero el ídolo patrio, Luis Ocaña, estaba de capa caída. Se había retirado de aquella edición del Tour por culpa de un furúnculo en salva sea la parte, aunque las malas lenguas dicen que se cayó del tejado de su casa, donde había acudido a pasar la noche después de una de las etapas. Así que en la edición de 1976 no hubo televisión en directo para España. Cada tarde, el maestro Francisco Chico Pérez ofrecía un amplio resumen radiofónico en la Cadena Ser, y esa era la forma más digna de enterarse de qué había ocurrido casi inmediatamente después de que finalizara la etapa. Como decía, en 1976 se escaló Alpe d'Huez por segunda vez en la historia del Tour (la primera había sido en 1952). Y fue la sensación de la carrera, hasta tal punto de que repitió en todos los años sucesivos hasta 1992, con excepción de 1980, convirtiéndose en la ascensión estrella de la gran ronda francesa.

En 2012 compré un libro titulado *Ascensiones Míticas: 50 puertos que deberías coronar*, uno de esos libros que iba a cambiar mi vida. Escrito por el periodista Daniel Friebe y con magníficas fotografías de Pete Goding se trata de un estupendo atlas de puertos dirigidos

a los aficionados al ciclismo. No solo recoge, con unas fotografías realmente espectaculares, las rutas de ascensión y las gráficas de altimetrías, sino que narra la historia de cada cima, sus anécdotas y las hazañas de las que fue testigo, diseccionando de forma brillante las subidas más emblemáticas atravesadas por las mejores carreras ciclistas de Europa. Un libro para soñar, para despertar el deseo de ver aquellos lugares, no en coche, sino saboreando la recompensa que proporciona haber desplegado un esfuerzo personal por semejantes paraísos. El problema era que yo no era un ciclista serio, sino que me dedicaba casi con exclusividad a correr. Ni siquiera tenía bicicleta, no sabía ni cambiar una cámara pinchada y despreciaba absolutamente todo lo relacionado con el mundo de la mecánica y del mantenimiento de la bicicleta, que no deja de ser una máquina.

Además, en 2012 también estaba afectado por un severo brote reumático que me tuvo en el dique seco durante más de año y medio. En muchos momentos pensé que nunca más volvería a hacer deporte, no hablemos ya de correr. El impacto era lo menos recomendable para mis rodillas, así que cuando menos debía reducir kilómetros. Pero eso, de momento, no era más que una mera suposición, porque primero tendría que caminar sin apoyarme en una muleta, luego andar con un ritmo decente, y, después, correr sin dolor. Los médicos me declararon enfermo crónico y me asignaron un tratamiento de por vida cuyo principio activo era el adalimumab. Se utiliza fundamentalmente para tratar artritis reumatoide y otros tipos de artritis, espondilitis anquilosante y axial, psoriasis en placas, enfermedad de Crohn, colitis ulcerosa y uveítis no infecciosa. Su diana es una proteína llamada factor de necrosis tumoral (TNF), que interviene en el sistema inmune y se encuentra en niveles elevados en las enfermedades inflamatorias. Mediante el ataque al TNF, el adalimumab disminuye el proceso de inflamación de estas enfermedades. Pero lo que más impresiona es el apartado sobre los posibles efectos adversos. Un resumen brevísimo de estos posibles daños colaterales incluiría infecciones de todo tipo, cáncer



de piel, vértigos, sangrado gastrointestinal, psoriasis, sangre en orina, problemas renales, cáncer linfático, derrame cerebral, ataque al corazón, embolia pulmonar, inflamación del páncreas, piedras en la vesícula, leucemia, esclerosis múltiple, fibrosis pulmonar, perforación intestinal, hepatitis, fallo hepático...

A pesar de todo este elenco de males, el tratamiento fue efectivo y esta mención será la última que se haga en todo el libro acerca de este problema reumático. Porque este no es un relato de superación. Hay muchos libros en el mercado que cuentan experiencias de este tipo mucho más impactantes y dignas de ser leídas. En todo caso en mi vida son frecuentes los dolores. Las más de las veces las rodillas, otras la columna cervical, el pecho o diversos grupos musculares. Menos frecuente, las lumbares o los tobillos. La convivencia con el dolor se asume y se intenta adaptar a la actividad física. Si no se puede con la enfermedad, hay que aliarse con ella.

Cuando se manifestó la dolencia era asiduo a los ultras de montaña. La nueva situación me obligó a renunciar a muchos proyectos y a la participación en carreras muy deseadas. Sin embargo, en cuanto la mejoría fue más palpable, el objetivo fue el común de todos los mortales: volver a disfrutar de la vida. Y eso, en mi caso, incluía las facetas de viajar y correr. Así que se me ocurrió otra idea. Apoyándome en aquel libro de *Ascensiones Míticas*, busqué por Internet si había carreras pedestres por algunos de esos puertos míticos, y, en efecto, encontré un buen número de ellas. Algo después comprobé que había otras cumbres célebres que poco o nada tenían que ver con el ciclismo, sino que resultaban ascensiones emblemáticas para un determinado país, por su belleza, por las vicisitudes acaecidas durante su construcción, por atravesar parajes de relumbrón o por su historia como lugares de paso. De esta manera me abastecí de materia prima para poner en práctica un nuevo proyecto: recorrer algunos de los principales puertos míticos del mundo a través de la carrera a pie, con la vista puesta en las carreteras más elevadas de Europa, África y América.

De algún modo, este proyecto se adaptaba plenamente a mis características como corredor un tanto atípico que huye de los eventos más mediáticos y multitudinarios y busca para correr otros parajes y otras carreras menos conocidas donde no haya que inscribirse varios meses antes, o incluso años, para conseguir un dorsal.

Poco a poco, sin darme mucha cuenta, fui acumulando kilómetros y puertos, sin mucha organización, simplemente leyendo y seleccionando información. Al principio buscaba carreras organizadas, para sentir la adrenalina asociada a un dorsal. Pero algo ocurrió que no conviene desvelar todavía, y eso me llevó a emprender retos más personales, lejos de cualquier organización que no fuera estrictamente personal.

Puede parecer que no hay cosa más antinatural que subir un puerto corriendo. Las reglas de la lógica dirían que hay que subirlo en coche, en bicicleta o en moto. En muchos casos, como peatón, puede ser incluso peligroso, dado que eres el ser más frágil entre todos aquellos vehículos. Sin embargo, lo cierto es que quien viaja a pie no pasa por alto una inscripción, una placa, un monumento. Puede parar a su antojo a gozar de un paisaje o incluso de una conversación. Vive esos paisajes intensamente, y eso hace la vida más plena. Y existen también carreteras desiertas, puertos históricos sin asfaltar o carreras en las que se ha cortado el tráfico. Al final, salvo en algún caso muy concreto, los riesgos son perfectamente asumibles. Y la combinación de paisaje más esfuerzo más historia resulta irresistible.

Antes he escrito que este libro no es un testimonio de superación. Tampoco es un libro que trate sobre los beneficios, sobre todo psicológicos, asociados al acto de correr: socialización, mejora del estado de ánimo, centrarse en un objetivo... Como en el caso anterior, son legión los libros escritos sobre la cuestión. Tal vez incluso demasiados, unos muy buenos y otros no tanto. Como no me gusta engañar a nadie, y menos a un posible lector, avisaré de que quizá no sea esta la mejor elección para quien busque una lectura de ese tipo.

Y para acabar con las exclusiones, el relato no es un simple conjunto de batallitas y anécdotas surgidas en los viajes y en las carreras. La mayoría de los viajes y de las carreras que llevamos a cabo son banales. Aunque para quien los viva sean extraordinarios porque le permiten salir de la rutina, a veces me pregunto a quién le pueden importar tales episodios, aparte de uno mismo. Por eso, aunque sí se hacen constar algunas anécdotas con el fin de amenizar lo que se cuenta, en este libro el protagonista no es el autor, no es un corredor. El protagonista es el puerto, es la carretera, son las historias de las personas que contribuyeron a hacerlo célebre. Ingenieros, ciclistas, directores deportivos, médicos, peregrinos, prisioneros, aventureros, dictadores, militares, periodistas, bandoleros y, por supuesto, corredores.

El trayecto fue desordenado, anárquico, carente de organización, y he querido que el libro tenga los mismos rasgos. Habría podido sistematizarlo, agruparlo por temas, por zonas geográficas o por altitud, quizá incluso habría ganado en lo que se refiere al aspecto puramente literario. Pero en cierto modo habría sido falsear la aventura, quitarle buenas dosis de realismo. Todo surgió en el orden temporal que se cuenta, entre 2013 y 2020, entre la salida de aquella enfermedad y la crisis del coronavirus, viajando cuando las circunstancias personales lo permitían.

Dejando sentado que el orden elegido ha sido, por tanto, el temporal, coincidí en mi periplo con algunos acontecimientos que nos han acompañado a lo largo de estos años. Aunque sea de forma somera, de todo ello también queda constancia en el libro.

Solo una aclaración más; los records que figuran en el libro se refieren al tiempo en que fueron realizados los viajes y las ascensiones, sin perjuicio de que puedan haber sido batidos posteriormente. Sirva su inclusión como referencia para los más curiosos.

Escribe José Saramago, en su libro *Viaje a Portugal*, que la felicidad tiene muchos rostros y que viajar es, probablemente, uno de ellos. A título particular, añadiría que también correr. Si el lector desea seguir adelante, bienvenido a la aventura. ¡¡Comienza puerto!!